

Lo que preparamos

- 1.º Tapas de tela de riquísima presentación para encuadernar los 22 primeros números de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA al precio de Pesetas 1.25.
Aceptamos encargos en firme de nuestros lectores y corresponsales de provincias desde ahora con el fin de poder complimentar todos los pedidos que nos tienen anunciados.
- 2.º Un lujoso album para las postales de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA publicadas hasta fin de año, cuyas condiciones de entrega sorprenderán gratamente á nuestros asiduos clientes.
- 3.º El indiscutiblemente mayor éxito editorial. Lo mejor publicado referente á cinematografía. En breve todos se convencerán de ello.

CON MOTIVO DEL PRÓXIMO PRIMER ANIVERSARIO DE «LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA»

¡SENSACIONAL NOVEDAD!

Sdad. Gral. Espla. Librería, Barbara, 16. BARÑA.

Manuel Castro, Pretíl de los Consejos, 3. MADRID

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 50

25 cts.



**ENTRE
HIELOS**

por
**Rodolfo
Valentino**
FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción { Gran Via Layetana, 17
Administración { Teléfono, 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º 50

ENTRE HIELOS

por
Alice Lake y Rodolfo Valentino

LA EW METRO

CONCESIONARIOS: JULIO CESAR, S. A.
Paseo de Gracia, 32. — BARCELONA.

Argumento de la película de dicho título.

¿Corresponde únicamente a la mujer pasar por todo, perdonar, olvidar?... ¿No puede en ningún caso rebelarse contra la injusticia? ¿Envuelve el "voto de honor" de una mujer una obligación para el hombre merecedor de aquel honor? ¿O es un eterno renunciamiento a "todo" la vida de una mujer?

Lucrecia Eastman era víctima, desde hacía tres años, de un matrimonio desgraciado. Mandado á llamar por Lucrecia, su padre,

virtuoso pastor de buena fe, que predicaba lo que creía, llegó á su casa.

—Tan pronto como he recibido tu aviso me he apresurado á venir. ¿Qué sucede?

—Necesitaba verte para decirte que no puedo seguir viviendo con Tomy.

—Pero Tomy es tu *marido*. Al hablar así olvidas la santidad del matrimonio...

—Una mujer *por sí sola* no puede dar al matrimonio su santidad... Imposible seguir como hasta aquí. Lo he perdonado tantas veces, que al fin ha muerto todo el amor que yo sentía por él y todo el respeto que me tenía á mi misma.

—Esto no es cuestión de amor y respeto, hija mía. Aquí se trata de *matrimonio* y *obediencia*. Una mujer debe someterse en todo caso á su marido. Ya sabes lo que Tomy sería sin tí... Su salvación está en tus manos. Tienes una sagrada obligación que no debes osar eludir.

Un criado interrumpió la grave entrevista de padre é hija para anunciar á Lucrecia que el padre de su marido la llamaba al teléfono.

Lucrecia se puso al aparato:

—¿Dónde está Tomy?

—Tomy se encuentra algo indispuerto. Dígame de lo que se trata y yo le daré el recado.

—¿Ha hecho Tomy alguna de las tuyas? ¿No le «tapas» nada?

—No... La verdad es que se sentía mal y ha pasado todo el día en la cama.

—Pues malo ó bueno necesito verle mañana en mi oficina. No dejes de decírselo, y gracias.

Lucrecia reunióse con su padre.

—Acabo de mentir una vez más por ocultar la degenerada conducta de Tomy. Ahora me tocará rebuscar por la ciudad hasta encontrarle. ¿No es ésta también mi obligación?

—Sí... esa también...

—Entonces retírate á descansar, papá... Podría tardar muchas horas en encontrarle y traerle á casa.

—Así me gusta oírte hablar, hija mía. Dios quiera darte la energía necesaria para seguir adelante.

Al marcharse su padre, Lucrecia llamó al «*chauffeur*» de su esposo.

—Benson, ¿dónde está el señor?

—Dispense la señora... pero lo ignoro.

—Usted *lo sabe*, Benson, y debe decírmelo. Necesito ir á encontrarle esta noche para darle un recado de su padre.

—...Está en el Hop Wing, un fumadero de opio del Barrio Chino.

—¿También frecuenta esos lugares?... Mejor es que vaya usted y lo traiga inmediatamente.

—¿Yo? ¡De ningún modo! ¡Hace pocas noches me arrojó de allí, amenazándome con un revólver!

—Entonces, ¡iré yo! Prepare el auto y lléveme lo más pronto posible.

—En este caso, señora, entraré con usted hasta dónde se hallé el señor.... Hacerlo solo sería por demás.

Tomy Eastman, la «sagrada obligación» de Lucrecia, dormía pesadamente tendido en una dura cama, hecho una lástima, cogido por el cuello por denigrante vicio.

Lucrecia, acompañada de Benson, el «chauffeur», hizo un esfuerzo sobrenatural por imponerse á sus escrúpulos para entrar en aquella hedionda cárcel, cuyas solas caras de los misteriosos explotadores de tan punible comercio indicaban las tragedias de que eran impasibles testigos....



... hizo un esfuerzo sobrenatural...

Descubriéndolo en una de las camas dispuestas como en los camarotes de los barcos en una reducida sala, Lucrecia llamó á Tomy quien, asombrado, fué mucho más dócil con su «chauffeur» cuando éste le ayudó á llegar, sin caerse, hasta el auto.

A la mañana siguiente se renovó, como de costumbre, la eterna cantinela del perdón.

—Perdóname, esposa mía.... Te juro que no lo volveré á hacer más.

—¡Oh, Tomy, es la misma historial... Tú siempre lo sientes, siempre prometes y siempre olvidas....

—Pero esta vez es de verdad.... Perdóname y lo verás....

—Te perdono... y deseo que sea la última vez que lo hagas.

—Eres un ángel, Lucrecia.

Tomy la besó en el hombro, con pasión, pero su beso fué para Lucrecia como un agravio más... pues el contacto de su boca con su piel no la producía ya el delicioso escalofrío de antaño, sino que la helaba el alma el convencimiento de que sus besos eran falsos y de que ella no ocupaba su vida más que para servirle de juguete sufrido, pisado impiamente. Sin embargo fingióle agradecimiento....

Por algún tiempo las cosas fueron *mejor*, hasta casi mejor de lo que Lucrecia se hubiese atrevido á esperar.

Un día ocurrió algo inesperado por Lucrecia: un encuentro en una reunión mundana con el capitán explorador Ralph Underwood, antiguo pretendiente suyo.

La sorpresa de Lucrecia fué grande y agradabilísima de verdad.

Hablaron un momento á solas.

—¿Cuándo ha regresado usted, Ralph?

—Ayer mismo... Vine con la esperanza de verla y no me ha engañado el corazón... Quiero saber qué es de su vida. Supongo—no hay para qué preguntarlo—que usted será feliz, Lucrecia...

—Claro, naturalmente... mi marido no ha estado muy bien de salud, pero se encuentra mejor ahora.

—Lo celebro... Ya sabe usted cuánto deseo su felicidad... Mis viajes se me hacen menos penosos al pensar que la vida la sonríe y es dichosa.



Tomy la besó en el hombro...

—Venga, Ralph: Tomy está allí y podrá usted hablar con él.

Lucrecia no esperaba hallar á su esposo en el estado que el exceso de bebida le había puesto, delante de varias personas, que más bien le compadecían que otra cosa, porque de sobra le conocían ese vicio atroz, y trató, con la mayor humildad posible, de sacarlo de allí para reconducirlo á su casa.

Tomy, no estando en condiciones de analizar su falta, no accedió á la pretensión de Lucrecia, sin haberla ofendido de palabra y casi amenazado con arrojarle un vaso á la cabeza.

Ralph presenciaba esa dolorosa escena, sufriendo lo que debía sufrir Lucrecia en aquellos momentos de cruel humillación, tolerada por su bondad infinita.

...

Toda aquella noche, Ralph Underwood luchó por ausentarse precipitadamente de la mujer que amaba, pero la mañana le trajo á ella.

Fué á visitarla en su casa.

—Perdóneme por venir aquí, pero después

de lo que ví ayer no he tenido fuerzas para marcharme. No tengo derecho á mezclarme en su vida, mas sé lo que la sucede y no puedo callar má tiempo: quiero ayudarla á usted.

—Pero, Ralph, usted no podrá hacer nada... Aquí nadie puede hacer nada... Este es mi problema y yo he de resolverlo.

—Está usted ofuscada por un falso sentido del deber. Aquí se trata simplemente de que usted no puede vivir con un hombre como ese.

—Recuerdê, Ralph, que Tomy es mi marido.

—¿Para qué, si el llamado á ello es el primero en olvidarlo? ¡Aun cuando yo me marche *sin usted*, Lucrecia, usted *no debe*, en modo alguno, continuar viviendo como hasta aquí!

—Usted no debe decirme estas cosas. No tengo derecho á oírlas.

—No sigo, pues, pero antes de que me marche prométame que si me necesita me llamará á su lado.

—Prometido... En caso necesario le avisaré...

El padre de Tomy, enterado de la nueva «fechoría» de su incorregible vástago, le reconvino ásperamente y le llegó á amenazar con abandonarlo á su poco juicio si persistía en desoír sus consejos y las súplicas, más que de esposa de mujer admirable, de Lucrecia.

Tomy contestó nervioso:

—¡Primero tú; luego Lucrecia!... ¡Siempre uno ú otro mezclándose en mi vida!... ¿Por qué no me dejais en paz de una vez?

—Hijo mío: nuestro interés es salvarte de tí mismo. Despierta á la luz de la verdad, y no te encenagues como hasta ahora... y ten presente

que hoy tienes una esposa que sólo quiere adorarte, un padre que te protege demasiado, y que todo eso puedes perderlo en menos tiempo que desaparecen estas espirales de humo...

Todo era inútil: Tomy no hizo el menor caso de las advertencias de su padre y aquella noche también, reuniéndose con unos amigos, de ambos sexos, naturalmente, volvió á beber y á olvidarse del respeto que se debía á sí mismo y del que su esposa se merecía, pues en su embriaguez llevóse á su casa á tres «frívolas» con la intención de presentárselas á Lucrecia.

La digna esposa estaba en la cama. Dormía sola, en una habitación apartada de la de Tomy, la cual cerraba bajo llave cuando se retiraba á descansar. Ello fué pasada ya la media noche, y antes de que, á fuerza de pensar en el incierto futuro, cayese Lucrecia en un sueño intranquilo.

Una de las «mariposas», cegadas por la luz y mareadas por el alcohol, dijo á Tomy al llegar á sus salones:

—Has dicho que nos traías aquí para ver á tu mujer. ¿Por qué no la haces salir de su cuarto?

—Calma, niñas mías; sentaos, haced lo que os aburra ménos. Yo voy á llamar á esa. Vais á ver como viene en seguida.... ¡Eh! ¡Lucrecia!

—No ha contestado ¡Qué bien piensa en tí! ¿No decías que aguardaba tu regreso? Debe estar durmiendo, hombre.

—Sea como sea, vendrá y la conoceréis. ¡Yo soy el amor!

Terriblemente furioso, Tomy subió á las habitaciones superiores de la casa y llamó con

los puños á la puerta de la de Lucrecia, diciendo:

—¡Abrel! ¡Hay unas señoras que esperan abajo para conocerte!

Lucrecia se levantó del lecho, con sobresalto, cubrióse el cuerpo con una bata, colocóse detrás de la puerta, asegurándose que estaba bien cerrada y contestó á su esposo:

—Pero, Tomy, eso es imposible... á esta hora de la noche.

—¡Haz lo que te mando ó echo la puerta abajo!

Y en una peligrosa crisis de nervios, Tomy intentaba, con los pies, sillas ó con lo que le viniera á mano, derribar la puerta de la habitación de su «rebelde esposa».

Lucrecia, entonces, previendo que Tomy se saldría con la suya y que llegaría á tratarla peor que á un perro delante de las amigas que había nombrado, y que suponía qué clase de mujeres debían ser, recordó la noble oferta de Ralph, que se hospedaba en un hotel próximo, y le telefoneó inmediatamente:

—¡Soy Lucrecia!... ¡Venga en seguida...! ¡Necesito su ayuda!

Ralph vistióse en un vuelo.

Pero apenas Lucrecia acababa de hablar por teléfono con Ralph, Tomy, logrado su objeto, se le aparecía, y forcejeando con ella la llevó á presencia de las «frívolas».

—Os presento á mi mujer.

La misma aventurera que instigara á Tomy, en su casa, á que cumpliera lo prometido, presentándolas á su esposa, dijo á ésta, con atrevida ironía:



... y forcejeando con ella...

—Encantada de ver de cerca á una dama de *postín*, señora Eastman.

Afortunadamente Ralph llegaba en aquel instante para librar á Lucrecia de las burlas á que la inconsciencia de su marido la había expuesto con aquellas mujeres.

Tomy, encarándose neciamente con Ralph, preguntóle:

—¿Qué se le ha perdido á usted aquí?

—A mí, nada. A usted, sí; y lo mejor de un hombre: la dignidad. ¡Doble las rodillas ante esa santa mujer, canalla! ¡Reverenciarla es lo único que debería usted hacer!

—¡Maldita sea!

—Nada de esfuerzos por levantarse; de hinojos, así; y ustedes, chusma del arroyo; ¡largo de aquí!

Lucrecia lloraba...

* *

La determinación de Lucrecia, de separarse de su marido, hizo que el padre de Tomy corriera á entrevistarse con la esposa ofendida.

—Pero tú no puedes separarte de él, Lucre-

cia. Tú eres el único influjo *decente* y *honrado* en su vida.

—Sin embargo... ¿por qué molestarnos en salvarle de sus pasiones y de sus vicios, cuando *sólo nos odia* por eso mismo, por nuestros esfuerzos para regenerarle?

—Lucrecia, si abandonas ahora á Tomy estoy seguro de que caerá en plena é irreparable degeneración... Te suplico...

—Basta... Estoy dispuesta á perdonarle una vez más, pero con una condición.

—¿Qué sea yo quien pague la avenencia?

—No. Yo necesito algo más que dinero... Quiero olvidarlo todo, todo... Para permanecer á su lado hasta el fin de nuestras vidas, exijo que Tomy emprenda una conducta *decente* y viril y persevere en ella. *Ese es mi precio*.

—Gracias, Lucrecia.

—Pero le prevengo que si Tomy se aparta del camino recto y vuelve á las andadas, ¡me consideraré libre *para siempre!*

—Está bien; hablaré con Tomy sin tardar.

Después de la entrevista con Lucrecia, todos los esfuerzos del atribulado padre tendieron á hacer comprender á su hijo los términos en que quedaba planteado el asunto, y la necesidad de afrontar dignamente la situación.

—Tomy, estos últimos tiempos has ido demasiado lejos... Has estado á punto de perder á Lucrecia.

—Pero ella no tiene derecho á humillarme delante de Ralph.

—No discutamos de nuevo lo que Lucrecia hizo por defenderse contra tí, loco aquella no-

che, y contra esas insolentes «amigas» tuyas.

—Hubiera sido mejor que te telefoneara á tí.

—Obró bien, he dicho, y no insistas más. Si Lucrecia me avisa á mí, aquella noche duermes en la calle. Ralph fué siempre amigo de tu esposa... que te prefirió á él. Has corrido el riesgo de que Lucrecia se arrepintiera de ello... pero no es demasiado tarde para que ganes la delantera á Ralph.

—La prohibiré que vea más á ese hombre.

—Nada de eso. Tu esposa no ha de inspiarte nunca la más ligera duda. No es preciso que yo te garantice su intachable conducta y su incapacidad para hacer algo torcido, sea de la cuantía que ello fuere. *Es una mujer que sabe serlo*, Tomy. Ahora, óyeme bien: Lucrecia te da la oportunidad de reconquistar su estimación, bajo la base de que la pruebes que eres un *hombre*, y no un ser caprichoso y enfermizo. Hace tres años un buque cargado de oro, el «Klondike», fué apresado entre los hielos en el estrecho de Bering y llevado, formando parte del témpano flotante, á ignoradas regiones del Polo Norte. Underwood proyecta buscar ese oro. Yo te puedo proporcionar mejor barco y mejor tripulación para que salgas airoso de la empresa. ¿Quieres hacerlo hijo? ¿Quieres probar tu valor, tu hombría á Lucrecia... á mí y á tí mismo?

—Una pregunta, padre: si encuentro el buque, ¿el oro será para mí?

—Completamente tuyo.

De este modo Lucrecia y Tomy se hicieron á la mar en busca de dos cosas que debían con-

tener oro: él, tras el «Klondike»; ella, en acecho de descubrirlo en el corazón de su marido.

Una semana después, Ralph Underwood hacía rumbo al Norte, siguiendo el rastro del matrimonio Eastman, y dejando al azar el hallazgo del «Klondike».

Largas extensiones de hielo, bajo desoladas fajas de nubes, fué lo que se ofreció á la vista de los exploradores en aguas del mar Arctico...

Tomy empezaba á inquietarse. ¿Llegaría al final? ¿Sufriría las dificultades que indudablemente se opondrían á su empresa? Inquieto, preguntó al capitán:

—Esto parece peligroso, ¿no?

—Peligroso y solitario. Desde aquí ya no hay luz, ni faro ni alma viviente que cruce estas cimas del mundo.

—He oído hablar de peligrosos témpanos de hielo sumergidos. ¿Los hay ya aquí?

—Por todas partes, señor... De chocar con uno de ellos nos iríamos rápidamente á pique. Este albur siempre hay que correrle en el mar polar.

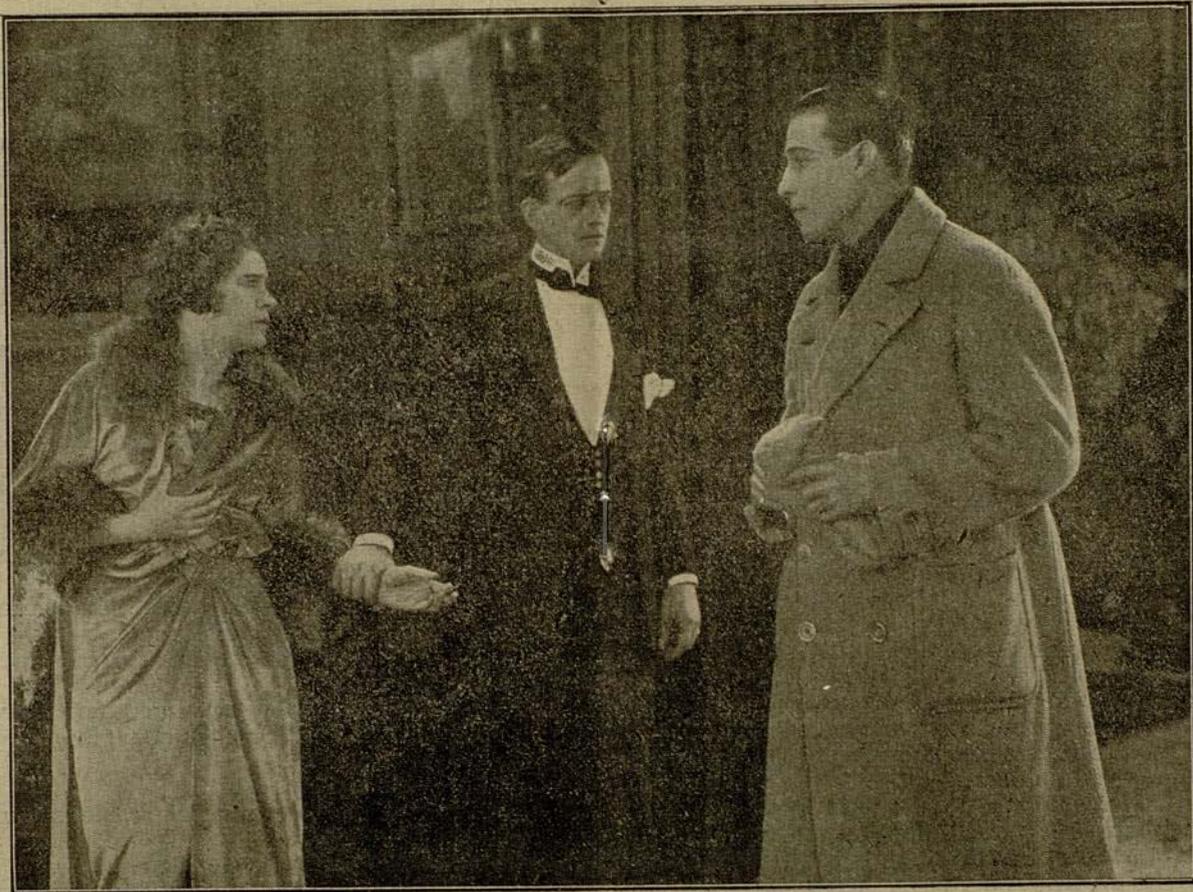
—¿Sí? Pues yo no he venido para correr alburés como ese. ¡Detenga el barco aquí ahora mismo!

Se ejecutó la orden.

Lucrecia, extrañándose de ello, se dirigió á un marinero:

—¿Por qué nos hemos detenido?

—Es orden del capitán. Dice que no podemos seguir adelante hasta que no mejore el tiempo.



Afortunadamente Ralph llegaba en aquel instante...

Lucrecia ya sospechaba que Tomy había puesto excusas para anclar, pero no tardó en tener ocasión de confirmarlas.

Ralph aprovechó esa oportunidad para acercarse en una barca al vapor de Lucrecia y su esposo y subió á él.

—¡Qué suerte encontrarles!... Pero, ¿á qué esperan ustedes?

—Estamos esperando á que haga mejor tiempo—contestóle Tomy, no sin cierta mala voluntad.

—Conozco el mar polar y puedo asegurarle que promete ser peor. El capitán Jens debe haber dicho que si emprendía el viaje siguiera la marcha sin interrupción.

—Naturalmentè, nosotros seguiremos.—añadió Lucrecia.

—Eso lo dices tú; pero yo te digo que me vuelvo á casa.

—Tomy, ¿faltarás á todas tus promesas? ¿Renunciarás á la oportunidad que te ha dado?

—¡Calla, local! ¿Este es el Reino Blanco de la Muerte!

—¡Tomy tiene razón!—dijo Ralph—¡Adiós, Lucrecia!

—Haga el favor, Ralph... espere un momento... Tomy, te lo suplico ¡mantén tus promesas! Piensa que te hago esta súplica, que te lo imploro ¡por última vez... la última!

—Pues te digo que ¡NO! Yo me vuelvo á casa.

—Yo renuncio á seguirte. Ralph, durante tres años que he vivido con este hombre, he padecido terribles suplicios morales y hasta materiales; pero mi martirio ha llegado al fin. ¡Tómeme con usted!

—¡Si ella se va con usted, arrastraré su nombre por el fango, me divorciaré y haré caer sobre él la vergüenza y deshonor!

—Yo la conservaré y honraré á mi lado ¡Venga, Lucrecia!

Y el «Belisarius» llevó á la valiente pareja con rumbo á lo desconocido.

Ralph, respetuosamente enamorado de Lucrecia, tenía, á su lado, mayores ánimos para realizar su intrépida misión, y se lo decía, agradecido:

—Cada vez que la aurora boreal nos ilumina me parece que sella nuestra amistad con sus fríos y brillantes rayos, y que soy más fuerte...

Y así siguieron día tras día entre cielo y hielo, acercándose al Norte ignoto...

Pero se desencadenó un fortísimo viento polar que les desvió de su ruta llevándolos por fin á una peligrosa prisión de hielo.

Entre hielos pasaron meses, muchos meses... meses de frío, de desolación y soledad.

La tripulación regañaba bajo la intolerable tensión del tedio y todo era inventar algo para sacudir la modorra. El juego á los dados y á los naipes predominaba sobre los demás juegos.

Afortunadamente en el barco había suficientes provisiones para bastante tiempo más.

Lucrecia y Ralph vivían como dos buenos hermanos. Sus respectivos camarotes se hallaban situados frente por frente y sólo los separaba la pieza que servía de comedor.

Pero Ralph amaba á Lucrecia y el continuo roce de ella le ponía en la cabeza ideas que

jamás hubiese osado tener en otras circunstancias como la en que el destino los había colocado á ambos.

Cierta noche, cuando Lucrecia cesó en sus ocupaciones de mujer de hogar, cual si viviera en una aislada casita en una escondida región, despidióse de Ralph, como si en efecto se tratara de su hermano, y deseándole un buen sueño retiróse á dormir.

Ralph había permanecido misteriosamente silencioso y siguió con la vista á Lucrecia hasta su cuarto, no pudiendo detener su inquieta imaginación á la puerta del mismo. Al figurarse la delicada operación en que debía estar entonces ocupada Lucrecia, su boca se le secaba, su espíritu hervía, amenazando explotar, y sus nervios le tiraban hacia el camarote de ella.

El hecho de no cerrar Lucrecia la puerta de su dormitorio indicaba por sí sólo la perfecta confianza existente entre ellos. Eso fué lo que intentó Ralph poner frente á su innoble pensamiento para vencerlo, pero su indecisión no fué larga. En efecto: cediendo á una presión extraña, cerró sus ojos á lo que iba resueltamente á hacer, penetró sigilosamente en el camarote de la mujer por cuyo inmenso amor olvidábase de que tenía la doble obligación de portarse como un caballero, en primer lugar porque ella había aceptado seguirlo confiándose á su protección y en segundo lugar, porque no podía abusar de esa confianza amándola como la amaba.

Lucrecia dormía... Estaba hermosa... mucho más hermosa que nunca ó era la sugestión de



Cierta noche, cuando Lucrecia cesó en sus ocupaciones...

Ralph la que envolvía á Lucrecia en una aureola de divinidad que aniquilaba, por amor, las voluntades más fuertes.

Ralph no vaciló más... El amaba demasiado á esa mujer —con la que gustosamente se casaría cuando la separación legal de su marido fuera un hecho, mediante divorcio, seguro como estaba de que ella lo querría por esposo— para seguir teniéndola á su lado, como una muñeca que no podía tocarse, tal vez por mucho más tiempo del que ya habían tenido que pasar juntos... y solos en sus habitaciones, pues la tripulación formaba rancho á parte.

De modo que, irreflexivo, Ralph posó sus labios sobre los de Lucrecia...

Lucrecia se despertó y su mirada, que resumía todo el dolor de la decepción, bastó á Ralph para devolverlo á la realidad.

Luchando con fiereza contra los latigazos que fustigaban su cuerpo por resistirse á cometer una vileza, Ralph volvió al comedor y allí, calmándose paulatinamente, fijó su vista en un punto imaginario, y no le inmutó la aparición de Lucrecia, que se había vestido en el acto.

Lucrecia, *comprendiendo* por qué torrente de pasión pasaba Ralph, arrodillóse á sus pies y, alzando su vista al cielo, exclamó:

—¡Dios mío, no permitas que Ralph obre mal!... ¡Ayúdanos á conservar puro y fiel nuestro amor!

Ralph seguía en su ensimismamiento. El deseo y el remordimiento, alternados, producían en él un extraño efecto...

Lucrecia prosiguió:

—Haz, Señor, un consuelo de nuestro amor, no una tentación. Conserva nuestros corazones como los de los niños y guía nuestros pasos por el camino del honor.

Luego recogióse de nuevo en su habitación, cuya puerta, como el primer día, sólo entornó...

Ralph, venciéndose á sí mismo, se irguió decidido á no flaquear en su nobleza, y para indicar con ello su absoluta derrota á Lucrecia, cerró él mismo, completamente, su puerta, y á su vez entró en su camarote para pedir al sueño el indispensable lenitivo á su sufrimiento...

Lo que Lucrecia ignoraba era que el mundo la había ya juzgado y condenado.

Para Tomy, delante de la sociedad el fallo del Tribunal Superior de divorcio constituía una victoria que le daba la razón, pero íntimamente esa victoria significaba su más alto fracaso moral.

El padre de Tomy, por su parte, defendería siempre á Lucrecia por haber sabido, hasta el final, cumplir con su deber. Se trataba de un caso excepcional, pero de un caso previsto por la interesada, aceptado por el interesado, y aprobado por el padre de éste en calidad de juez reconciliador la mañana que siguió á la noche de la más ignominiosa «fechoría» de Tomy.

La justicia, por no entender otras razones que las de su código, considerada como falta lo que en realidad no lo era, é inclinaba su balanza de parte del *único culpable*.

Lucrecia y Ralph echaron al olvido la escena ocurrida noches atrás, afirmándose de esta hecá más puro su amor.

Y empezaron á desear más que nunca el volver á su país...

Pero nada les hacía snponer que el regreso podría efectuarse pronto...

Siguieron viviendo entre hielos, amándose como hermanos, *para mejor saberse amar después*, y un día que salieron juntos, como solían hacerlo, para alejarse de los escándalos que daba la tripulación ociosa, á tomar un té de desayuno, en la cumbre del mundo á cuarenta grados bajo cero, de pronto plasmó en sus rostros el terror la llegada del temible visitante de las regiones boreales, el huracán, que con fuerza gigantesca hace saltar en mil pedazos las montañas de hielo.

Lucrecia y Ralph fueron presas del consiguiente pánico, acrecentado éste en presencia de los rápidos efectos que producía el huracán en las montañas de hielo que se quebraban como por arte de magia para seguir la corriente del mar.

Ralph pensó en su responsabilidad frente á sus hombres, como jefe de la expedición, y dijo á Lucrecia:

—¡El hielo ha empezado á romperse, y el barco se hundirá sin remedio! ¡Voy á poner en salvo á la tripulación!

Lucrecia quería seguir á Ralph, mejor dicho, no separarse de su lado en aquellos angustiosos momentos, pero él la ordenó:

—¡Espere aquí! ¡No ose entrar en el barco, porque la muerte está á bordo!

Ralph cumplió con su obligación avisando á los despreocupados marineros quienes, salvo raras excepciones, no tuvieron tiempo, pues



Siguieron viviendo entre hielos, amándose como hermanos,...

casi todos no podían dar un paso de puro ebrios como estaban, de precaverse contra la inevitable muerte, pereciendo sin remedio al inundar el agua la bodega del barco.

Lucrecia pasó por la más terrible de las inquietudes aguardando á que Ralph reapareciera... y no pudiendo resignarse á seguir en esa angustiosa espera, entró en el barco corriendo el riesgo de perecer bajo la separación ó el desprendimiento de los hielos.

Lucrecia y Ralph, los dos presas de la misma desesperación, vocearon sus nombres, pero la furia de los elementos cubría sus voces.

Entonces se convencieron los dos enamorados de la fuerza de su amor y luchaban con ahinco contra la sombra de la muerte porque no querían morir sin haberse visto por última vez para estrecharse contra sus pechos y afrontar con magnífica entereza cuantos males, por inconcebibles que fueran, les pudieran sobrevenir.

Tanto lo desearon que al fin consiguieron hallarse mutuamente y entonces, abrazándose febrilmente, firmaron, en forma poética de suma trascendencia, el pacto de no separarse jamás, aunque salieran, por milagro, con vida de la catástrofe.

Apenas hubieron abandonado el barco, una montaña de hielo, como arrancada de quicio, arrastró la apresada embarcación en su repentino empuje....

Sólo les quedaba á Lucrecia y á Ralph, como único medio de salvación, un trineo. Con él adentráronse rápidamente en el vasto témpano de hielo, en busca de mar límpido....

Un bloque de hielo, desprendiéndose de improviso, alcanzó á Ralph, hiriéndole en la cabeza y produciéndole un alarmante desmayo.

Lucrecia, valerosa, tendió á Ralph en el trineo, cubriéndolo con calurosas pieles y prosiguió su marcha hacia la salvación desconocida.

Y milla tras milla, sobre las rocas de hielo que cortaban como cuchillos, Lucrecia huyó hacia el mar del Norte llevando al hombre cuya muerte temía.

Ralph no había vuelto en sí á pesar de haber transcurrido algunas horas, y Lucrecia, para cerciorarse completamente de que aun vivía, juntó su rostro al suyo repetidas veces, tratando, con el calor de su aliento, de reanimarlo.

Ralph abrió los ojos... *vió...* y elevando sus ojos hacia el cielo él también, rogaba á Dios que los sacara en bien de todo, porque anhelaba con toda su alma adorar a Lucrecia haciéndola su mujer.

Repuesto Ralph poco después, volvió el trineo á surcar la inmensidad de la fría tumba.

Y día tras día, los fugitivos caminaron sin tregua, maltrechos, helados y hambrientos, á punto ya de perder, con sus fuerzas, la esperanza...

Pero el instinto de conservación fué más fuerte que todos los riesgos de su desventura y al fin pudieron contemplar con alegría el mar libre.

Acampar significaba para Lucrecia y Ralph soñoliento desvelo, angustioso atisbo de luces en el mar, tiritando bajo sus ropas heladas y

aguardar estóicamente la extinción de sus corazones que nacieron para amarse, si el azar no les arrancaba del Reino Blanco de la Muerte para devolverlos á la vida.

Dulcemente enlazados acojerían á la Pálida... si ésta viniera á buscarlos...

Pero he aquí que á la mañana siguiente, un barco se divisó á lo lejos.

Ralph acogióse á este rayo de esperanza para cobrar nuevas energías, y despertando con ternura á Lucrecia estimulóla á que hiciera un esfuerzo más... para esperar.

El barco en cuestión, era un barco patrulla de los Estados Unidos.

Ralph y Lucrecia agitaron sus brazos en el aire y la Aurora Boreal brilló en aquella ocasión con más intensidad que nunca, como queriendo proteger á aquellos dos seres dignos de mejor suerte...

Y así fué en efecto: en la cabina del piloto del citado barco, un ayudante, dirigiendo su faro potentísimo hacia las costas, descubrió á los heroicos exploradores y se dió seguidamente esta orden:

—¡Guía á babor! ¡Hay dos personas en la orilla de aquel témpano de hielo! ¡Salvémoslas!



De regreso nuestros dos enamorados en tierra firme, termina nuestra narración, pues ningún lector necesita leer, para saberlo, que casándose Lucrecia con Ralph su vida no sería más que un edén encantador.

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

Talleres gráficos E. VERDAGUER MORERA
Topete, 2 al 16 — Tarrasa

Sábado 13 Septiembre

El número 51 extraordinario

LA ROSA DE NUEVA-YORK

por la exímia artista

MAE MURRAY

Preciosa novela profusamente ilustrada

Postal-fotografía: Marie Dupont

Sábado 13 Septiembre 50 cts.

Le aconsejamos adquiera esta novela el mismo SÁBADO 13 SEPTIEMBRE antes de que se agote el tiraje como ocurrió con nuestro anterior número extraordinario MADAME MORLAND, cuyo éxito fué de los más rotundos y del que tuvimos que aumentar rápidamente la edición.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Números publicados

1, No hay juegos con el amor (3 ediciones). 2, El Valle Florido. 3, Amor de madre. 4, La Virgen de las Rosas. 5, La culpa ajena. 6, De hombre a hombre. 7, Una mujer. 8, Pesadillas y supersticiones (extraordinario). 9, Desinterés. 10, El Hábito. 11, Jimmy Sansom, El Aventurero. 12, La primera novia. 13, El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada). 14, El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada). 15, La tormenta. 16, Flor de amor. 17, La Pantera Negra. 18, Bajo dos banderas. 19, Corazón de lobo. 20, Sueños juveniles. 21, El mundo y la mujer. 22, Corazones humanos. 23, El premio gordo. 24, La desconocida. 25, Robín de los bosques (extraordinario). 26, La Verdad Desnuda. 27, El octavo no mentir. 28, Cleo la francesita. 29, La hija del pasado. 30, La chica del taxi. 31, La hija de los traperos. 32, El príncipe escultor. 33, Llovido del cielo. 34, Mujeres frívolas. 35, Al calor del hogar. 36, Sapho. 37, Directo de París. 38, Lo que vale una mujer. 39, El Valle de los Gigantes. 40, La sombra del padre. 41, Madame Morland (extraordinario). 42, Un juego peligroso. 43, De mal agüero. 44, Veintitrés horas y media de permiso. 45, El delincuente. 46, La hija del arrabal. 47, El rancho del oro. 48, El falsario. 49, De los confines del silencioso Norte. 50, Entre hielos.

Postales-fotografías

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(pago anticipado)

BARCELONA Y PROVINCIAS

Año. 12 ptas.
Semestre 7 »

EXTRANJERO

Año. 18 ptas.
Semestre 10 »

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Año. 14 ptas.
Semestre 8 »

Los señores suscriptores de pro-
vincias pueden efectuar los pagos
por medio de Giro Postal.